

POÉTICAS DE LA MARGINALIDAD: UNA TEORÍA DE LA VIOLENCIA

Alejandra Adela González*

Resumen: Ciertos textos de la narrativa argentina de la última década nos permiten percibir diversas figuras de la marginalidad. Estas serían el resultado de las fuerzas que las expulsan del espacio público político, imponiéndoles coactivamente sus formas. Pero estos marginales mutan, desmarcándose de las representaciones admitidas, para dar cuenta del núcleo de irrepresentabilidad que los habita. Esta literatura se propondría como una teoría de la violencia que penetra en el juego de fuerzas que constituyen el campo de la subjetividad política.

Palabras clave: Literatura, Violencia, Marginalidad, Figura, Representación.

Abstract: Argentine narrative prose of the last decade allows us to perceive diverse figures of marginality. These would be the result of the forces that throw them out of the public political space, coercively imposing on them his forms. But this marginality changes and becomes something different from the admitted representations, so as to show the impossibility of its representation. This literature would propose itself as a theory of the violence that explains the forces which constitute the field of the political subjectivity.

Key Words: Literature, Violence, Marginality, Figure, Representation.

La verdadera teoría es la que se hace cargo de su culpa
Eduardo Grüner, *Las formas de la espada*

Si tomamos como punto de partida del sujeto de la modernidad su condición ilustrada, y a partir de allí, su aparición en el espacio público político como burgués, propietario, trabajador documentado, heterosexual, padre de familia, funcionario del Estado, blanco, portador de una sanidad psíquica y física establecida por los manuales médicos y psiquiátricos propios de la sociedad panóptica, se podrá ir constituyendo su perfil en contraste con quien no entra en este espacio iluminado por la luz de la Razón. Cuando las técnicas de normalización fallan,

* Doctora en Filosofía por la Universidad del Salvador (USAL) y Magíster en Análisis del Discurso por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesora Asociada de Ética y de Hermenéutica en la USAL.

Gramma, XXV, 52 (2014), pp. 26-38.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

por las causas que fuere, y las disciplinas, con su andamiaje epistemológico y sus instituciones correctivas, no consiguen hacer de la masa humana informe los sujetos prefijados, entonces algo se inscribe en los márgenes. Pero, contra la violencia de la positivización del poder que produce efectos de sujeto, se articula otra violencia resistencial. Aparecen, entonces, figuras del otro que se constituyen no a partir de una naturaleza previa sino de una relación distinta con la ley. El marginal va adquiriendo formas de figuración distintas; cada vez que irrumpe asume una representación que cuestiona los cánones establecidos. Desvaríos de la «representación» de un diferente que excede las formas lícitas o canónicas.

Toda figuración, entonces, es una violación de las formas —una desfiguración, por lo tanto—, resultado de la violencia hegemónica, pero también de la contraviolencia ejercida desde esos mismos bordes, por la búsqueda de espacios diversos de aparición.

Nuestra hipótesis es que el marginal es producto de esas tensiones, que está siempre fuera de cuadro; que, en cuanto asume una forma, debe necesariamente mutarla para seguir siendo quien perturba; y que, por lo tanto, se van perfilando representaciones disruptivas en forma sucesiva; que, en definitiva, dan cuenta de la imposibilidad misma de la representación de ese otro inimaginable, pero al que siempre hay que domesticar hasta reducir a alguna forma de monstruosidad epocal.

LA LITERATURA COMO UNA TEORÍA DE LA VIOLENCIA

Para plantear la aparición de esta figura de la marginalidad, nos circunscribimos a un pensador argentino contemporáneo: Eduardo Grüner, tomando sus aportes sobre la constitución de la subjetividad en el campo de la filosofía política.

Para eso, se delimitan tres momentos, tres etapas que se articulan en la lógica particular de la subjetivación y que se dan de modo simultáneo, pero que separamos analíticamente:

1. *La aparición de la figura del marginal es el efecto de subjetivación producido a partir del ejercicio de la dominación.* La dialéctica del amo y el esclavo hegeliana da cuenta de la estructura de poder que asume diferentes formas de acuerdo con las condiciones materiales en cada particular etapa histórica. Pero que, además, en la Argentina del inicio del tercer milenio y en la modalidad del capitalismo tardío en las democracias formales de los países periféricos, asume su especificidad.
2. *Esas formas son ejercidas de modo violento*, produciendo efectos de sujeto de manera abiertamente coactiva o, más sutilmente, internalizando las figuras impuestas por las relaciones de dominación imperante. Violencia generalizada, propia del estado de naturaleza de la guerra de todos contra todos, que solo termina apaciguándose en la medida en que se asumen esas figuras impuestas por el poder. Ojo del panóptico que circula como superyó en la domesticación de los cuerpos. Así, en nuestra modernidad americana, la subjetivación se produce, con la incorporación a los Estados nacionales, delineada como burgués, trabajador, propietario, blanco, católico, heterosexual, padre de familia. Las figuras de resistencia a la subjetivación impuesta se articulan, entonces, en oposición a cualquiera de estos parámetros.

3. *La violencia de las formas de subjetivación impuesta, o la resistencia tanto o más violenta que ella, generan un estado de terror generalizado.* El miedo hobbesiano, en el estado de guerra de todos contra todos, pone a los lobos agresivos y aterrorizados en situación de defender su vida a costa de la muerte de los otros. Esta violencia genera perfiles diversos en las sociedades capitalistas, incluso en sus periferias: villeros, negros, cabezas, indios; formas de lo Otro, que asaltan en el corazón de lo Uno, tejiendo el lazo social en un vínculo de miedo y odio.

PRIMER MOMENTO O DE LA FORMA DE SUBJETIVACIÓN

Las formas de subjetivación, y en esto seguiremos el análisis hecho por el Eduardo Grüner (1997), son efectos de las maneras en que el poder ha definido los modos de ser. La espada pública es el gran definidor. El tema es que el poder constituyente produce no solo las normas constitucionales de todo ordenamiento jurídico, sino también al sujeto sujetado de esta producción. Siendo el sujeto efecto de sentido de las fuerzas que se ejercen sobre él, el movimiento resistencial de oposición genera, precisamente, el margen donde es alojado. La sujeción no es un acto voluntario de los individuos, sino la grilla en donde estructuralmente pueden emerger. Quienes no se alienan en las formas de subjetivación admitidas, no se subjetivan. Pero el problema es que también las formas no permitidas están tipificadas. De allí que la marginalidad también tenga sus figuras de acuerdo con el momento histórico: el villero, los negros, el cabeza, el delincuente, el vago...

Los procesos de modernización en América Latina implicaron, junto con la formación del estado liberal, los contornos de una nación cuyo origen constituyó también el canon literario como mito fundacional. Si el individuo burgués, propio de ese nuevo espacio público que debía fundar su carácter político en la modernidad del capitalismo global, se constituye, es porque se sujeta a las normas establecidas. Violencia ejercida sobre el que adopta o es adoptado por los cánones, y que redobla por tanto su violencia contra aquellos que ofrecen resistencias a las figuraciones subjetivas.

Pedagogías, políticas, terapéuticas, encierros educativos, carcelarios: escuelas, manicomios, hospitales, cárceles, reformatorios, tribunales, instituciones que tienden compulsivamente a la normalización.

Dado este paradigma de la subjetivación moderna, se podrá ir constituyendo el perfil antagónico de quien, en contraste, no entra en este espacio visibilizado por las disciplinas del hombre.

SEGUNDO MOMENTO: O DE LA VIOLENCIA GENERALIZADA

Si la civilización está construida sobre un crimen, o el mito de un crimen cometido por la fratría contra el padre, amado y odiado a la vez, en la perspectiva freudiana, se explica que el lazo social esté teñido de violencia, al punto de que la condición misma de la subjetividad sea esa violencia constitutiva.

Violencia que también, proponemos, puede ser leída como definición de frontera: límites impuestos entre una subjetividad normalizada y una marginada. Una a expensas de la otra. Pero el corpus literario elegido se situaría, entonces, precisamente en esos bordes: se activaría en los márgenes cuando describe las figuras del otro no como sustancias ya existentes, sino como artificios reactivos a partir de la opresión que los delinea. Problemática de la representación de un diferente, que excede las formas lícitas. Re-presentación que propone como causa la presencia del afuera. Percepción que genera una exterioridad peligrosa y siniestra.

TERCER MOMENTO: O DEL TERROR QUE NOS PROVOCAN LOS OTROS

Amor y temor organizan un mundo inestable de figuras de la sujeción. «Ante la posibilidad de confusión, la única fuente de claridad es la imposición: está bien que haya Ley, siempre que su garantía sea la Espada», dice Eduardo Grüner (1997, p. 32).

La relación entre el mal y el miedo se puede pensar: «la auténtica utilidad del concepto de banalidad del mal descubierto por Hannah Arendt es que sirve para desmontar toda posibilidad de la fascinación ante el monumentalismo del poder» (Grüner, 1997, p. 34). Las formas de coacción que subjetivan no son necesariamente monstruosas, sino que asumen los modos de la mecánica burocrática, del proceso acéfalo, de la obediencia debida.

Se puede tener miedo en plena democracia porque también el contrato democrático es un producto del temor. La ruptura de los lazos solidarios y el individualismo agónico de los ciudadanos paranoicos tiene como efecto la producción de una marginalidad oscura, a la cual se le adjudica el horror que esos mismos lazos provocan. La transformación del modelo de acumulación emprendida por el capitalismo a nivel mundial ha requerido una gigantesca transformación de la subjetividad para lograr que los sujetos asuman el nuevo proyecto de dominación como propio y no como algo impuesto desde afuera por el poder. Así, la competencia salvaje, el individualismo indiferente y la percepción del semejante como enemigo también es un modo de sostener la hegemonía de una máquina de dominación que pervierte el lazo entre los hombres hasta tornarlos enemigos entre sí e, incluso, de sí mismos. Rousseau le dice a Hobbes que el estado de naturaleza como guerra de todos contra todos es una forma histórica específica de sociedad. Es necesario que los hombres lleguen a creer que solo se puede vivir contra los otros, que es necesario defenderse, que nuestras posesiones, nuestro ser, son objeto de envidia y, por eso, se percibe una mirada torva en los ojos de los otros, que solo reflejan nuestra propia mirada, señala Ernesto Laclau (2005).

La incertidumbre paranoica que no permite distinguir al enemigo tampoco advierte que es la misma máquina la que nos somete y evita la solidaridad entre los sometidos que, obedientes al amo, lo aman y se odian entre sí. La técnica derramada como poderosa industria de yoes y fábrica de cadáveres refleja en los rostros vacíos el instrumentalismo de la razón como lógica del poder.

CUARTO MOMENTO: DE LA LITERATURA COMO UNA TEORÍA DE LA VIOLENCIA

El marginal es producto de tensiones contrapuestas, pero, para conservar su sitio, el afuera de la norma, debe variar constantemente esa ubicación. La eficacia de su monstruosidad depende de su capacidad para encarnar representaciones disruptivas. Ese marginal, en tanto excluido, es lo que mantiene la cohesión del todo social. Pero de tanto en tanto, lo irrepresentable mismo rompe incluso con las formas de exclusión admitidas: entonces la literatura escribe las marcas de lo irrepresentable.

El marginal está ligado al núcleo de lo real inasimilable en lo imaginario de las relaciones sociales. En el aspecto sensorial, es lo que produce disturbios en la comunicación, nubla la vista, está por debajo o por arriba de los umbrales perceptivos, perturbando y rompiendo el campo (visual, táctil, olfativo); es lo sucio, el hedor (de América), lo aterradorante, que genera violencia o es violento en sí mismo, lo insoportable del otro no reducido a figuras o sin posibilidad de figuración.

Teoría de la marginalidad que da cuenta del modo en que el capitalismo alcanza su máxima rentabilidad con la multiplicación técnica que gestiona lo humano igualado a implementos mecánicos, dejando tras de sí los residuos no identificables.

Los cuerpos en sentido lato son equivalentes en tanto fuerzas productivas, puestas en marcha como mecanismos de una causa eficiente que solo exige la proliferación del rendimiento: mientras que el marginal es el desecho improductivo. Pero nos arriesgaremos a sostener que es la irrepresentabilidad misma la que usa esos bordes para poner en jaque al sujeto de la representación surgido en la modernidad, cuando el mundo se hace imagen. Señalándole la condición mortífera que lo horada, lo ataca en su narcisismo y lo aleja de la omnipotencia de una visión centrada en la conciencia que lo llevó a considerarse dueño del tiempo en la filosofía de la historia y señor del espacio en una cartografía sin límites.

La política occidental que nació junto con la tragedia encuentra, en la literatura, las formas en que se agujerea esa superficie por la violencia de una nueva inscripción. Literaliza, hace letra de esa irrupción sin explicar su génesis, da cuenta del acontecimiento de la ruptura. Muestra la carne de esa herida sin justificaciones ni teleologías.

DEL SUJETO MARGINAL FRENTE AL NORMALIZADO: ¿UN ANTISUJETO?

Tener el valor de usar la propia razón es lo que puede conducir al pueblo a salir de la minoría de edad, a abandonar el tutelaje del déspota ilustrado e ingresar en la república de las letras (Kant, 2007). Si salir del espacio privado (privado de poder político) implica saber leer y escribir, es porque se requiere una racionalidad que permita al menos deducir del imperativo categórico las inferencias que regulan las máximas de nuestras acciones. Esas acciones acceden a la esfera política en la medida en que el individuo pueda realizar esos procedimientos lógicos. Por lo tanto, la construcción de la opinión pública implica, a la vez, la creación de una corriente de razonamiento autónoma, independiente de la del rey, pero también la exclusión de todos aquellos que no acrediten esa mayoría de edad: mujeres, niños, negros,

indios, esquimales, habitantes de las colonias, pueblo, homosexuales, no propietarios; y de quienes no encuadren en las formas de la subjetividad burguesa.

La expulsión del propio cuerpo, del salvaje, de la mujer, del niño, del enfermo, del loco, es un proceso de constitución de la marginalidad en función de la definición de la norma. Como consecuencia, aparecerán las tecnologías del yo y de sí que normativizarán cómo deben ser educados, sanados, curados, encarcelados, castigados o definitivamente eliminados quienes no se adapten al ideal de la racionalidad moderna.

En ese ámbito del sujeto trascendental regulado por el imperativo categórico, se destacan las formas en que esa conciencia omnipotente constituyó una filosofía de la identidad que se consumió a sí misma al mismo tiempo que alcanzó su culminación. Pero simultáneamente, fueron surgiendo cuestionamientos desde los lugares de la diversidad, que resistieron o construyeron más o menos violentamente sus espacios de aparición.

El sujeto moderno y del discurso hegemónico de las ciencias humanas en las sociedades panópticas es cuestionado, atacado, subvertido desde el pliegue, el cuerpo y el lenguaje. Con la ruptura del sistema hegeliano, su fragmentación en derechas e izquierdas, con las experiencias totalitarias del siglo XX, comienza, desde los márgenes de la norma, una serie de ataques que fragmentan los grandes relatos y las filosofías de la historia. Pero no se trata de una demanda de igualdad por parte de los sectores excluidos únicamente. No se plantea conseguir los mismos atributos políticos, sociales o económicos para una masa idéntica, cuyas necesidades se homogeneizan en un mercado donde demandas y ofertas son comunes. Se multiplican demandas variadas desde estas diferencias emergentes: por un lado, la vuelta a las raíces preindustriales, el retorno a instancias nacionales precapitalistas, el regreso a momentos arcaicos del desarrollo económico y social; por otro lado, la defensa de identidades culturales arrasadas por la globalización como fenómeno de homogeneización, la irrupción violenta de formas no estatales de construcción social, Estados dentro de los Estados (Chiapas, las favelas, las narcociudades. Puros cuerpos traspirados, rotos, al borde de la descomposición que no pueden ser puestos en marcha por las fuerzas productivas. Proliferan, pero no como objetos industriales, sino como residuos tóxicos, sin haber entrado nunca en el mercado de equivalencias; forman parte de la basura que resta del proceso industrial. Aun cuando se mueve, no produce. Invisibilizado, irrumpe y sobresalta. Al no alcanzar su figurabilidad, este residuo marginal tiene el carácter de un sueño contradictorio: es irrepresentable, pero necesario para delinear las fronteras de una ciudad deshabitada, puro agujero. Esa marginalidad termina devorando al sujeto del que surgió como Otro.

LA MARGINALIDAD EN LA LITERATURA ARGENTINA DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

¿Qué posiciones ha asumido el marginal en la literatura argentina de las últimas décadas? Marginalidades escritas que horadan la superficie del plano, decíamos. Señalaremos algunas de estas características en dos novelas de esta última década: *El oficinista*, de Guillermo Saccomanno, y *Rabia*, de Sergio Bizzio. Modos de inscribir la violencia de la génesis y la

muerte en los bordes de una ciudad/casa fantasma. ¿Pensar la literatura como intento de decir la violencia, de representar el terror imposible de representar, lo inabarcable, la furia de un sistema productivo que transforma al cuerpo humano en cosa, y las cosas en lastimeras sombras de objetos industriales? En la novela de Guillermo Saccomano, la violencia obsesivamente estalla en los atentados terroristas despolitizados, en la represión que, ya desde siempre, está presente; en las relaciones de sometimiento en las que toma forma el oficinista sin nombre, en la delación de los compañeros, en la violencia familiar, en las torturas a las que son sometidos los individuos, pero también presente en el suicidio de los murciélagos que se estrellan contra los ventanales inmensos de los edificios corporativos. Violencia de las lluvias ácidas sobre la ciudad, de los perros clonados, de los mendigos asesinos, de los adolescentes que matan/mueren sin tregua, del «no tener donde caerse muerto» o de la violencia doméstica padecida por el protagonista. El oficinista dialoga con el otro que lo habita como presencia de la muerte en esta vida suya que nunca fue posibilidad. Violencia sin respiro que se vuelve obscena en una ciudad donde los dioses perversos se han retirado en silencio. Las formas de sometimiento y de sujeción, llevadas al límite de la tensión, hacen de esta literatura un borde para esta ciudad que no es responsable ni culpable y, sin embargo, es castigada por haber nacido. Pero todavía, en esta novela se representa la violencia; todavía puede ser dicha, no ha llegado aún al borde de lo siniestro, donde no haya nada más que pueda ser nombrado, ni siquiera las formas sobre las que el ácido que viene del cielo pueda caer. Los sujetos todavía se dan vuelta, y puestos al revés de sí, se encuentran con su propio rostro desconocido y siniestro. En *Rabia*, el protagonista, María, el albañil, está rodeado por la violencia de quienes lo empujan afuera del barrio: la del portero, del patovica, la violencia de clase y la de los desclasados, la que lo atraviesa cuando mata al capataz, la de la violación de Rosa, la de su imposibilidad de aparecer, que lo aísla hasta la muerte. Violencias directas, sutiles, brutales, físicas, verbales. Todavía representable. ¿Pero le podríamos pedir a esta literatura que vaya más allá de la descripción, que retuerza la lengua en la que habla, no solo vaciándola de significados, sino de sentidos, aun de la forma de las palabras, que se desdiga, que se atreva a destruir, con su propia violencia, no solo las posibilidades de sus personajes, sino las estructura de su sintaxis, que se haga cargo del crimen que está en el origen de la cultura, en el asesinato primordial del que ha nacido la ciudad, el arte, la lengua? Quizás ese punto sea en el que se abre lo sublime kantiano al horror irrepresentable de la Belleza.

LOS CUERPOS Y LA LENGUA DE LA MODERNIDAD

Cuando Descartes plantea la duda como corazón de su método, deja de lado el cuerpo y lo excluye del fundamento junto con todo aquello de lo cual duda, es decir, con todos los otros entes sensibles (*res extensa*). Así, la conciencia aparece encerrada en un solipsismo, en una especie de burbuja (o mónada, como la llamará más adelante Leibniz) como receptáculo de una serie de ideaciones cuyo correlato con el mundo es dudoso. Por eso, Descartes expresa que solo puede estar seguro de su propia existencia en tanto *res cogitans*, es decir, como

sustancia pensante. El precio, desde el punto de vista del sujeto, es la pérdida de su propia corporeidad. Cuando logra salir del solipsismo de su conciencia, gracias al criterio de verdad que le permite garantizar que tales ideas, en cuanto sean claras y distintas, se corresponden con algo fuera de la conciencia, logra construir el concepto de representación. Y se eleva la conciencia racional a fuente representacional y nuevo fundamento del conocimiento. De este modo, lo que no es percibido por tal conciencia no tiene existencia óptica. Esta acentuación moderna del agente implica la hegemonía de la causa eficiente productora de representaciones sobre cualquier otra causa explicativa. El capitalismo es, justamente, un modo de producción que revoluciona la capacidad productiva de la humanidad, en tanto plantea como su núcleo la potencia indefinida de producción de bienes a partir de un dominio creciente sobre la naturaleza. Ese poderío extendido sobre cuerpos es concomitante con la expansión territorial que lleva a un dominio geográfico y político sobre América, África y el mundo desconocido hasta ese momento, así como a la hegemonía sobre el tiempo, que lleva a la burguesía a adueñarse de una filosofía de la historia que pretende conceptualizar en su devenir. Racionalizar la geografía, el tiempo y los cuerpos es el ideario de una ciencia de la totalidad que pretende controlar fenómenos naturales y humanos sin excepción. Tal voluntad panóptica genera una violencia que estalla en las formas resistenciales de las que nuestras novelas dan cuenta.

La pregunta política es por las posibilidades que el discurso permite para subjetivarse de un modo diverso al que los regímenes de representación admiten. A partir de una apelación que asumiría la función de subjetivación, ¿cuáles son las posibilidades de aparición de la subjetividad en el orden público a partir de la crisis del fundamento, que en la modernidad asumió la forma de la conciencia racional? Dado el surgimiento de los totalitarismos que intentaron abolir el espacio común, y que develaron la faz oscura de la razón burguesa, ¿bajo qué modalidad puede hoy emerger el individuo arrojado siempre a un aquí y ahora delimitado por las redes del lenguaje? En relación con esto, la estructura egológica de la lengua nos permite definir dos aspectos: en primer lugar, las relaciones entre el entramado significativo y las teorías políticas; y, en segundo lugar, las potencialidades de una lengua vinculadas al uso singular y contingente del hablante. A través del registro de las ocasiones en que se produce un corte en el discurso, ¿es posible un cambio de razón que permita la aparición de un sujeto en el contexto de una comunidad de palabra y ley? ¿Se perfilaría una reflexión sobre la capacidad de generar sentido y de hacerlo circular en un espacio político que es creado performativamente por el acto de tomar la palabra?

Las dos novelas que son fuente de nuestra reflexión nos permiten trabajar esta perspectiva tropológica. Lo planteamos en el sentido de que las formas de representación admitidas en el espacio público —el oficinista, el albañil— y las que se empujan hacia los bordes —los habitantes marginales, los delincuentes— son el resultado de una apelación, de un llamado que los convoca a un lugar establecido. Pero, el oficinista, el sin nombre, y María, el albañil de nombre femenino, emergen como imposibilitados de constituirse en lugar alguno, ni del

centro ni de la periferia excluida. Por eso, finalmente son empujados hacia la desaparición y la muerte, luego de intentos infructuosos de aparecer de modos diversos.

Todo discurso constituye una política de la palabra y, en consecuencia, recorta, amolda y distribuye las posibilidades de emergencia en el marco de una comunidad. Nuestras novelas permiten deducir diversas apelaciones constitutivas de la subjetividad política, sus formas violentas de subjetivación y los modos, tanto o más violentos, de resistencia de esas fronteras móviles de lo humano. Retórica como conformación de la figurabilidad en el discurso y manera en que se modela y se hace aparecer a los sujetos —políticos— en el espacio público.

Pero el problema no es identificarse con los estatutos, sino hacer diferencia. ¿Cómo lograr que los mecanismos de interpelación no positiven una subjetividad por el proceso de amoldamiento a las tipologías establecidas? Nuestras novelas dan cuenta del devenir de dos posiciones subjetivas llevadas al máximo del horror por la no aceptación del lugar simbólico que les fue asignado. Ni el oficinista ni María son, además, personajes por los que se pueda sentir empatía; más bien, la identificación se da en relación con la angustia que lleva a situaciones aporéticas. Tragedias contemporáneas y argentinas: el sin lugar de los personajes renueva la fantasía siniestra de quedarse sin casa, sin trabajo, sin nombre; finalmente, sin identidad ni cuerpo, convertidos en mera materia orgánica, exceptuados del manto protector de la vida humana. María, el albañil de *Rabia*, ya lo ha perdido todo, el trabajo, la casa; es un prófugo de la policía, que lo busca por el asesinato del capataz, y solo pervive en los llamados telefónicos a Rosa. Cuando, finalmente, ella descubre que María está encerrado desde hace años en la misma casa donde ella trabaja, escondido en uno de los pisos vacíos, y le pide paradójicamente que resista una noche más antes de la huída necesaria, él se da cuenta de que ya no tiene lugar ni siquiera para la mujer a la que inventó: «...ahora que lo había descubierto, ahora que ya no era un fantasma, una sospecha, una posibilidad o una sombra, cualquiera podía descubrirlo también» (Bizzio, 2005, p. 188). Solo puede perdurar en la vida como fantasma, sospecha, posibilidad, sombra. Su visibilidad implica la muerte. El oficinista, por su parte, prospera si logra desaparecer en el paisaje: «... si con su antigüedad en el puesto, nunca fue objeto de una sanción y aún perdura en su escritorio, se debe a su manera de amalgamarse, que le ha garantizado que nadie reparase demasiado en él» (Saccomanno, 2010, p. 34). Y, finalmente:

para él ahora es siempre y siempre es de noche. Camina. Deambula por las calles. Camina. A veces se da vuelta para ver si el otro lo sigue. Pero no. Camina. Ya no hay otro. Está solo. Camina solo. Un perro clonado se le acerca, le gruñe, lo huele y después se va. El no existe siquiera para los perros. Cuando piensa en ayer, piensa en antes de ayer, piensa en lo que esperaba cuando esperaba. Ahora ya no espera. El oficinista camina. Con las manos en los bolsillos del sobretodo, camina. No tiene donde caerse muerto (Saccomanno, 2010, p. 199).

Fuera de la humanidad están nuestros protagonistas y, por un momento, con ellos vamos siendo empujados a los márgenes de toda representabilidad. La pregunta angustiada de estos personajes se dirige a la posibilidad de construir un lugar de resistencia que impida el funcionamiento de los mecanismos del poder. Los vemos aproximarse de modo inexorable a su extinción por el agotamiento de las potencialidades, o por el autoengaño de sus autoconciencias. El sometimiento consiste en esta dependencia fundamental ante un discurso que no hemos elegido, pero que sustenta nuestro poder ser.

Hegel, en la *Fenomenología del espíritu*, tal como lo menciona Eduardo Grüner, se da cuenta de la formación de la conciencia en tanto constitución reactiva de la subjetividad a partir de la relación con otro, del reconocimiento que está vinculado con la vocación: el llamado del otro. Y, en *La Genealogía de la moral* nietzscheana, se analizan los procesos de represión y regulación generadores de los fenómenos superpuestos de la conciencia y mala conciencia. El problema es cuál es la forma (incluso la forma psíquica) que adopta el poder para constituir al sujeto en esa apelación. Así, lo que aparece como externo asume la figura de la interioridad. El modo que configura el poder radicado en las instituciones está marcado por la figura del darse la vuelta, sobre, contra uno mismo. La vuelta parece funcionar como inauguración tropológica del sujeto, como momento fundacional cuyo estatuto ontológico será siempre incierto. La paradoja del sometimiento conlleva una paradoja referencial: nos referimos a algo que aún no existe. Vuelta (tropo) en sentido retórico y performativo. María responde a la violencia del medio con violencia renovada, trompeando al patovica que lo provoca, insultando a los compañeros de trabajo; finalmente, matando al capataz. Pero hasta allí la historia es la previsible secuencia de gestos fatales y crecientes de violencia. El giro se produce cuando María decide esconderse, como en la carta robada, en el lugar más obvio: en la casa burguesa donde su novia trabaja de sirvienta. Pero sin que nadie sepa, ni siquiera Rosa. Allí se inicia el giro por el cual se reinscribe su posición en el mundo: vuelto sobre sí se invisibiliza. La única manera de perdurar será cambiar de tiempo y de espacio: incluso las formas de medirlo serán otras. En el caso del oficinista, el tropo, la mutación que cambiará los espacios perceptivos ligados a la estética del espacio-tiempo será el amor por la secretaria del jefe de la oficina donde trabaja:

La multitud nerviosa que colma las veredas esperando colectivos o corre precipitándose en la boca del subte. El hombre es un animal de costumbres, se dice al repisar el aire contaminado de la calle, la bruma impregnada de combustible. Pero él no se resignará como todos a la costumbre. Él está enamorado. Ahora su destino es otro. Las cosas cambiaron. Se lo jura a sí mismo, como si se lo jurase a otro, el otro, ese que anoche estuvo con la joven. Y ese otro es tan distinto al sumiso que se apura por esta avenida hacia el subte (Saccomanno, 2010, p. 56).

Reescribir un destino por un cambio de posición que violenta los lugares donde cada uno de los personajes es puesto. El oficinista tiene su puesto en la oficina, una familia, un jefe, un

recorrido, no puede variar nada de eso. María tiene su oficio, su nacionalidad, su colectivo atestado que lo lleva al conurbano, los recorridos inalterables y obligados por la ciudad donde trabaja. Adoptan una nueva figura como resistencia a los lugares asignados, ese tropo nuevo, que constituye para ellos un doblez: posibilidad de una subjetividad distinta.

La condición de posibilidad del sujeto es un poder que se ejerce sobre él para darle forma. Ese poder es represivo, pero, a la vez, es asumido. Por eso sujetado a él, para ser. De lo contrario, solo queda la apuesta por el no ser. Somos ese saber de sí. Doble giro, que implica la doble negación de su falta en ser. No soy el que soy, sino negando el lugar en que me obligan a ser. María se invisibiliza pero habita y vive espionando en la casa en la que entra a escondidas y a la que no puede pertenecer. El oficinista deambula por caminos que no le están autorizados, se enamora de la mujer prohibida, la secretaria del jefe, visita a la mujer del compañero a quien delató, corriendo enormes riesgos. Vive una vida doble, engañando a su esposa, al jefe, intentando pasar inadvertido simula estar conforme con su trabajo y su vida.

La apelación althusseriana, que menciona Grüner, constituye al sujeto en la escena donde se convoca al ser de un no-ente. Hay un giro, una vuelta, un tropo, y el sujeto acepta los términos con los cuales se lo interpela. De esta forma, la noción de «reconocimiento ideológico» supone, ante todo, «la ocupación de un lugar asignado». María se reconoce en el che, vos despectivo del portero, equivalente al «negro de mierda» con que lo insulta, en el «basurita» o «puto» con que lo nombra el capataz. Cruce de palabras que lo hacen consistir: no tiene más nombre que el de María hasta que, por alguna transgresión, besar a la sirvienta de uno de los vecinos del barrio, desafiar a un portero por su sola presencia, se rebela saliendo de la invisibilidad y apareciendo en el espacio público como transgresor. Pero María no se pregunta quién es, se lo pregunta a otro, espía a Rosa para indagar si lo recuerda o lo olvida. En cambio, el oficinista constantemente está preguntándose por su identidad. Él mismo está desdoblado: otro que lo interroga habita en él. Nunca parece estar a la altura de ese otro. «A veces, cuando imita la firma del jefe, y la imita a la perfección, se pregunta quién es» (Saccomanno, 2010, p. 12). Pero necesita el reconocimiento de alguien para adquirir consistencia: pispea a la secretaria para ver si lo tiene en cuenta o solo lo está utilizando como venganza contra el jefe. Su mirada lo podría hacer visible.

Ese no saber, o los saberes siempre ilusorios e instantáneos con que se recubren, no son estados íntimos o mentales, sino que tienen efectos materiales sobre nuestra actividad social efectiva, sostienen la fantasía que regula la realidad social. Esta es una construcción ética, que se apoya en un *como si*. En cuanto se pierde la creencia, la trama del lazo social se desintegra. La ilusión no está del lado del saber, sino ubicada en la realidad, como acto. El nivel fundamental de la ideología, afirma Grüner (1997), no es el de la ilusión que enmascara el estado real de las cosas, sino el de una fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social. Pero entre la ideología, el sistema de creencias y la interpelación en acto, siempre hay un residuo, un resto, una mancha de irracionalidad traumática y sin sentido adherido a ella;

y ese resto, lejos de obstaculizar la plena sumisión del sujeto al mandato ideológico, es su condición misma. En *El oficinista* y en *Rabia*, se interroga ese plus no integrado de traumatismo sin sentido que parece conferir a la Ley su autoridad incondicional, pero que, a la vez, intensifica ese núcleo de irrepresentabilidad irreductible. Nuestros personajes se deslizan trágicamente de lo que son/parecen ser hacia el no ser/desaparecer. El oficinista, revelándose en ese amor fantaseado —donde se identifica con el jefe y se cree objeto de amor, aunque al mismo tiempo, descrea constantemente de esa posibilidad—, para luego deslizarse hacia una muerte que ni siquiera tiene lugar. María, convirtiéndose, por su agilidad, por la peculiar forma de deslizamiento de su cuerpo y su fuerza, de albañil anónimo de una construcción en un barrio de clase alta, en el fantasma que termina muriendo con su hijo en brazos. Si las formas de apelación en el sistema social encasillan a los personajes hasta no permitirles un espacio de secreto donde desplegar su diferencia, ellos logran, por un momento, constituirse en un sujeto resistencial, empujados por la misma rigidez de la ley.

Sin embargo, no es lo mismo en las dos novelas. La transformación y muerte del oficinista parece destinal desde los primeros pasos, como si nunca el propio personaje creyera en la posibilidad de escapar de la grilla a la que está destinado: «es la pereza con que nos abandonamos a la degradación» (Saccomanno, 2010, p. 104), se dirá. También reflexiona: «Los murciélagos sangrantes se estrellan contra el vidrio. La forma en que estas criaturas nocturnas aletean ciegas hacia su destrucción debe ser un presagio. Le dan vértigo los murciélagos suicidándose» (Saccomanno, 2010, p. 111). No es la misma situación para María, que vive la experiencia, en esa casa, de un reencuentro con su propia agilidad, puesta ahora no al servicio de la construcción, sino de su propia supervivencia. Va desarrollando habilidades que le permiten conseguir alimentos, conocer la vida de los otros, comunicarse con Rosa. Incluso la duda del final de la novela, donde se pregunta si no habrá inventado a Rosa, antes de morir, es un momento de reflexión donde no naufraga todo vestigio de subjetividad. El oficinista no tiene nombre, María tiene uno de mujer que resulta de la transformación del suyo: José María. Mientras uno desaparece, el otro logra al menos un corte. El oficinista toma el nombre de su lugar en el espacio social, María lo transforma.

Se presentifica así lo siniestro de la apelación. El nombre va ligado al ser. «¿Quién te crees que sos vos?» (Bizzio, 2005, p. 27), interroga el patovica a María; y «¿Quién te creíste que sos?» (Saccomanno, 2010, p. 98, le dice la secretaria al oficinista. ¿Cómo es posible socavar la red simbólica existente que predetermina el único espacio dentro del cual puede existir el sujeto? No se trata solo del entramado social ni del inconsciente, sino del modo en que esas apelaciones funcionan sin que sean reconocidas para, efectivamente, garantizar su eficacia. El oficinista quiere ocupar el lugar del jefe para que la secretaria lo reconozca, y María vive escondido en la casa de los patrones, para saber quién es para Rosa. Pero el oficinista no encuentra lugar donde caerse muerto, mientras que María al menos habitó por un tiempo demencial un espacio en el lugar mismo de quienes lo expulsan. El oficinista lee revistas científicas, pero el artículo que lo atrae es uno donde se habla de la luna que inspira a Van Gogh

el *Paisaje a la luz de la luna* antes de ser internado. En cambio, María comienza a leer en la biblioteca de la casa. María se da la oportunidad de «estar fuera del sistema productivo». Y también de pensar. Se da cuenta de que nunca antes había pensado.

Al contrario de los protagonistas, los personajes femeninos de ambas novelas podrían ser interrogados desde la pregunta sobre la servidumbre voluntaria. Rosa, que acepta las mayores humillaciones porque a una sirvienta nunca le van a creer; y la secretaria, que prefiere ser la amante del jefe antes que la amada del oficinista. *Pero el oficinista y María intentan realizar gestos políticos* que reestructuren el espacio sociosimbólico. Se juegan por desmoronar las identidades al destraban, aunque sea imaginariamente, la dialéctica del amo y el esclavo. Aun a riesgo de la muerte, de la exclusión completa, de la pérdida del nombre y del cuerpo, ejercen una última violencia, la de no caer en ninguno de los lugares asignados, la de no parecerse a nadie, la de traicionar, asesinar, la de ocupar un lugar sin representación, inaugurar un espacio, enamorándose de mujeres a las que tal vez hayan inventado, saliéndose de los itinerarios o lugares designados para sus movimientos.

Ese irrepresentable es el motivo de la búsqueda de Kant en la *Crítica del Juicio*, también mencionado por Grüner. Y se articula justo en ese punto de resistencia donde el marginal no quiere asumir la forma que le confieren por fuera de lo admitido. Generan una violenta respuesta que rompe con los cánones incluso de la exclusión. Lo irrepresentable opera como límite de las formas de representación que se les permite a los marginales. El oficinista se arriesga a perder la miserable retícula en que se lo obliga a ser. El delirio de esa vida semejante que vive María, invisible y desaparecido en la casa que lo resguarda y a la vez lo mata, lo empuja en su fábula hasta los últimos límites. Lo sublime kantiano se deja entrever por un instante. Posibilidad de una figura final antes de que toda posibilidad de figuración se disipe.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bizzio, S. (2005). *Rabia*. Buenos Aires: Debolsillo.
Grüner, E. (1997). *Las formas de la espada*. Buenos Aires: Colihue.
Kant, I. (2007). ¿Qué es la Ilustración? Madrid: Alianza.
Saccomanno, G. (2010). *El oficinista*. Buenos Aires: Editorial Planeta.